

Testimonio de curación sorprendente

Un regalo maravilloso de nuestra Señora

Traemos a esta sección el testimonio de Laura de Salceda de Caselas (Pontevedra), quien nos cuenta, en primera persona, su sorprendente experiencia de la mano de la Virgen Dolorosa de El Escorial. Nos demuestra cómo el Señor busca los caminos más insospechados para darse a conocer y cómo tantas veces lo hace a través de su Madre Santísima, que, al ser Madre nuestra, no deja de mostrarnos su amor con bendiciones y curaciones, como en el caso que hoy presentamos.

Mi nombre es **Laura**. En la actualidad, tengo 48 años y vivo en la parroquia de **Santa María de Salceda**, Pontevedra.

Deseo dejar testimonio de algo **maravilloso** que me sucedió en junio de 2008.

Padezco una enfermedad llamada **artrosis degenerativa**, entre otras, aunque en el momento que me sucedió el episodio que les voy a relatar, aun no la tenía tan desarrollada.

Estancia en la UCI y la sonrisa de la «Señora»

Un 31 de mayo de 2008 me vi obligada a irme a **urgencias**, dado que los dolores en las caderas eran difíciles de soportar. Tras hacerme diferentes pruebas, deciden ingresarme en **observación**, para aplicarme distintos analgésicos. A los dos días, viendo que los dolores no aminoraban, me subieron a la planta de **traumatología**, para proseguir en planta con la analgesia, en reposo absoluto. Todo iba más o menos bien hasta que un sábado por la tarde mi temperatura comenzó a descompensarse y mi pulso a fallar.

Se puso en marcha un auténtico **revuelo** de médicos, enfermeras y resto de personal, corriendo con la camilla. «¡Se va, se va, se va...!», repetían corriendo hacia la **UCI**. Estaba entrando en **coma**. Recuerdo en ese instante, cómo una **paz absoluta** me embargó y una señora, con una **sonrisa** preciosa, me habló y dijo: «Vas a escuchar que si en 24 horas no te lo encuentran (lo que me estaba provocando mi estado), morirás, pero tú ni caso, pues no sucederá». Me volvió a sonreír y desapareció. Era hermosa, bueno, «es hermosa». Llevaba una capa que le cubría los cabellos y su cuerpo...

Lo que predijo se cumplió

Efectivamente, no tardé mucho en escuchar tal cual me lo había predicho nuestra Señora. Una doctora advertía a mi madre de que habría un final inevitable si no encontraban el órgano y allí la **bacteria** que días después se le puso nombre: «**E. coli**». Fue muy dura mi estancia en la UCI, pero era como una espera para un **final feliz**, que solo yo sabía y que asombraba a los especialistas, enfermeras, auxiliares...

Entubada, inyectada por todas las partes posibles de mi cuerpo, con **respiración asistida**, se me quemaron las venas de tanta medicación; hasta me tuvieron que poner la medicación por una arteria del cuello.



Laura Salceda.



«Y cuál fue mi grata **sorpresa**, que tras describirle la imagen de mi aparición, y mi anhelo por hallarla, echó mano a su cartera y me mostró una **foto**. ¡Era **Ella!** ¡Era la Señora preciosa y bella!».



Y tras una recuperación favorable, por fin, ya localizada mi bacteria traviesa «E. coli», me subieron a planta de nuevo. Con los días iba mejorando, hasta que el 11 de junio de 2008 me dieron el **alta**.

¡Era Ella! ¡Era la Señora preciosa y bella!

Cuando fui para casa, me visitó un **gran amigo**, «como un **hermano**», con el que compartía anécdotas, y le conté lo que me había pasado.

Le dije que tenía que encontrar el lugar donde se encontraba esa **Virgen**, a la que yo le ponía **rostro**, pero desconocía cómo se llamaba. Una iglesia, un santuario, algo... Porque necesitaba orarle y darle las gracias, por tanta paz y tanto amor, en ese día tan señalado.

Por supuesto que no dudó en decirme: «Búscala, y yo te llevaré a donde haga falta...».

No recuerdo muy bien cómo, pero una tarde, tomando un café con un guardia civil retirado por depresión, que me habían presentado, hablando de todo un poco, me dio por comentarle lo que me había ocurrido, intentando con ello levantarle el ánimo.



Y cuál fue mi grata **sorpresa**, que tras describirle la imagen de mi aparición, y mi anhelo por hallarla, echó mano a su cartera y me mostró una **foto**. ¡Era Ella! ¡Era la Señora preciosa y bella!, la que me había llenado de paz y de esperanza: la Santísima **Virgen de los Dolores de Prado Nuevo** de El Escorial.

No lo abracé porque no era tal la confianza. Pero en cuanto pude, tras informar a mi gran amigo-«hermano», allá nos dirigimos. Un madrugón que valió muchísimo la pena.

Llegué a los pies del **arbolito donde estaba su imagen**, y allí me abrí a Ella en **agradecimientos** y **alabanzas**... ¡No cabía de gozo! Hasta incluso recuerdo

a **dos palomas blancas** que se apoyaron en el agua de la pocita (*pi-lón*) que allí había. Para poner la guinda a tal encuentro celestial.

GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS por permitirme a día de hoy dejar constancia de mi testimonio.

En la actualidad, convivo, codo con codo, con mis queridas dolencias, pero el amor de nuestra queridísima y bienaventurada Madre hace que se lleven con aceptación y paz. ✧

Laura Salceda, 10 de noviembre de 2017.